

LOS LÍMITES TERRITORIALES DEL SUEÑO DE UN ORDEN

Fernando DE TERÁN

Entre tantas formas como ha habido, de valorar o caracterizar el tipo de ciudad mayoritariamente adoptado en las fundaciones españolas en América, hay una conocida aproximación a su entendimiento, que pone el énfasis en los rasgos que lo definirían como una construcción fundamentalmente abstracta.

Dicha entelequia (realidad que incluye el principio de su acción y que tiende por sí misma a su fin propio, o bien, irónicamente, algo irreal) estaría directamente relacionada con la nueva idea renacentista de orden universal que daba coherencia y sentido a la construcción de la organización social, de las normas morales y jurídicas. Y orden que regía la organización del espacio físico, concebido (frente a la tradición medieval) como un continuo global, pautado por la geometría. La ciudad aparece ahí como una pieza, como una parte, del "sueño de un orden". Un sueño universal del momento, al menos para las conciencias más lúcidas y avanzadas, pero un sueño que adquiere caracteres peculiares para un país que se pone, de pronto, en contacto con un territorio nuevo y desconocido, en el que pueden desarrollarse toda clase de experiencias, y que, además, es el país más poderoso de la tierra.

Estamos hablando, claro está, de un tipo de ciudad que, como tal tipo, como construcción mental sintética, que puede ser desarrollada en infinitud de variantes reales, unidas por su común forma de utilización de unos elementos constitutivos fijos, es efectivamente una concepción abstracta en la que lo sensible no entra, bloqueado por la fuerza y la nitidez de lo racional. Se trata, en efecto, de un tipo de ciudad en el que el espacio urbano es entendido como espacio puro, de modo que la ciudad se identifica sólo con las características geométricas de su propia organización, sin referencia a realidades materiales y circunstanciales externas.

Otra cosa es que el prolífico proceso de materialización del tipo en realidades concretas múltiples, dando lugar a las numerosas ciudades reales, en sus precisos emplazamientos y en su circunstancia particular, asu-

miera flexiblemente, elementos generativos del espacio urbano real resultante, que provenían de un entorno local, propio y diferente en cada caso (la forma del terreno, las líneas naturales de más fácil acceso, los cauces de agua, las preexistencias humanas...) deformando, distorsionando parcialmente cada versión.

Y tal organización del espacio, regida ostensiblemente por la geometría, tan sensiblemente caracterizadora de esas realidades urbanas concretas y materiales (incluso al cabo de varios siglos) se expandía claramente alrededor de la ciudad. Ampliaba su acción al territorio circundante, que resultaba así, un entorno igualmente geometrizado, incorporado a un orden que ya no era sólo correspondiente al espacio urbano, si no que se prolongaba hacia fuera de los límites de la ciudad, sobre huertas, terrenos de cultivo y pastoreo, ejidos.

Pero, ¿qué ocurría más allá? ¿Hasta dónde llegaban las huellas sobre el territorio, del "sueño de un orden"? ¿Cuál era la relación de la ciudad con el territorio que la rodeaba (más allá de los límites del ejido, más allá de los alrededores conocidos, entendidos y geometrizados) con ese territorio inmenso y desconocido? ¿Dónde terminaba el límite de lo que podía ser medido y empezaba lo incommensurable?

Junto a estas preguntas, caben también las referentes a una posible visión global de los territorios que iban siendo conquistados, pero también cartografiados, es decir, en alguna forma medidos. En ese sentido cabría preguntar si más allá de razones coyunturales y aleatorias, y más allá también de las derivadas de estrategias militares, hubo alguna relación entre cada uno de los hechos fundacionales con cada uno de los demás.

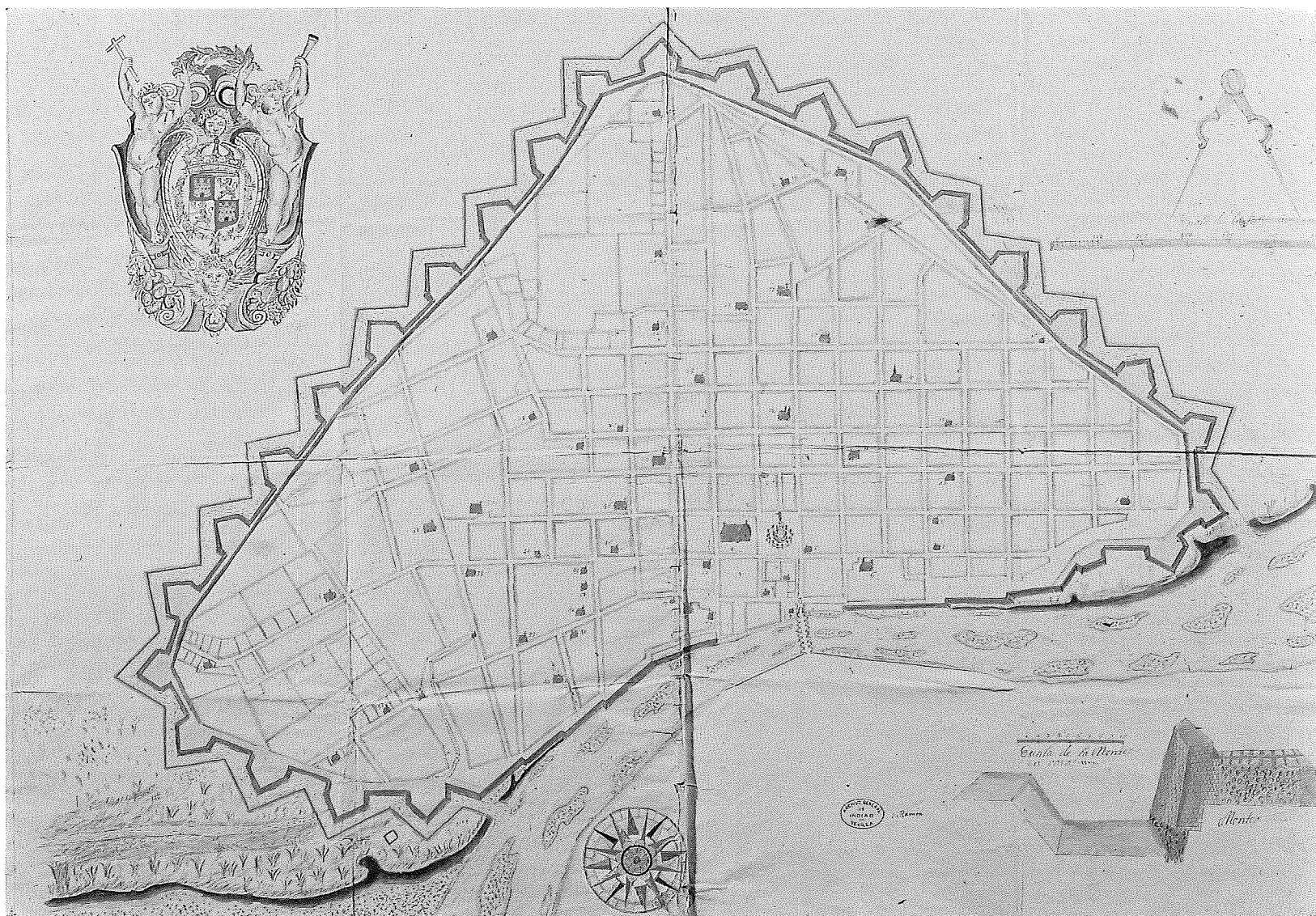
Es evidente que la moderna idea de "ordenación territorial", con toda su carga de estrategia económico-espacial, influyendo en las localizaciones y en la jerarquización de las redes urbanas en el territorio, tiene poco que ver con las posibles aproximaciones intuitivas e incompletas que, a lo largo de la historia, habían ido apareciendo en los grandes pro-

cesos de ocupación territorial con fundación de ciudades. Incluso puede calificarse también de limitada e intuitiva, la aproximación contenida en el proyecto ilustrado, que alumbró ciertas visiones territoriales globales para empresas peninsulares.

Pero cuando nos referimos a la extensión territorial del "sueño de un orden" (que la cuadrícula urbana representa), no estamos pensando, lógicamente, en operaciones de organización material del espacio geográfico real (por otra parte muy insuficientemente conocido, en sus características determinantes) si no en alguna manifestación conceptual, de una organización abstracta de un espacio geométrico puro, que prolongase hacia el exterior la reflexión y la conceptualización, también abstracta y puramente geométrica, realizada sobre el espacio urbano.

Ni los pueblos de indios, ni el poblamiento disperso, a través de estancias fuera de los ejidos, estuvieron sometidos en su localización, a normas reguladoras del uso de ese espacio, en zonas, tamaños, direcciones o distancias, como las 24 millas entre las ciudades de Utopía. Pero estas aleatorias formas de implantación en el territorio, podrían haberse derivado de una práctica viciosa, como de hecho lo fue la implantación de estancias también en los ejidos, que se dió en muchos casos. Pero para que ello fuese así, tendría que haber existido alguna referencia a alguna suerte de disposición potencial de prolongaciones abiertas e indefinidas, capaces de encontrarse alguna vez con otras prolongaciones también abiertas e indefinidas, procedentes de alguna otra próxima ciudad, inserta en el mismo orden global, que se extendiese por todo un cierto ámbito territorial.

Ya desde muy pronto había dicho el rey aquello tan citado, incorporado luego a las Leyes de Indias: "dexando tanto compás abierto, que aunque la población venga en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma". Pero esto no pasa de ser una simplificación y una casi brutal enunciación de un principio de crecimiento mecánico aditivo, contradictorio con otros principios de las propias instrucciones



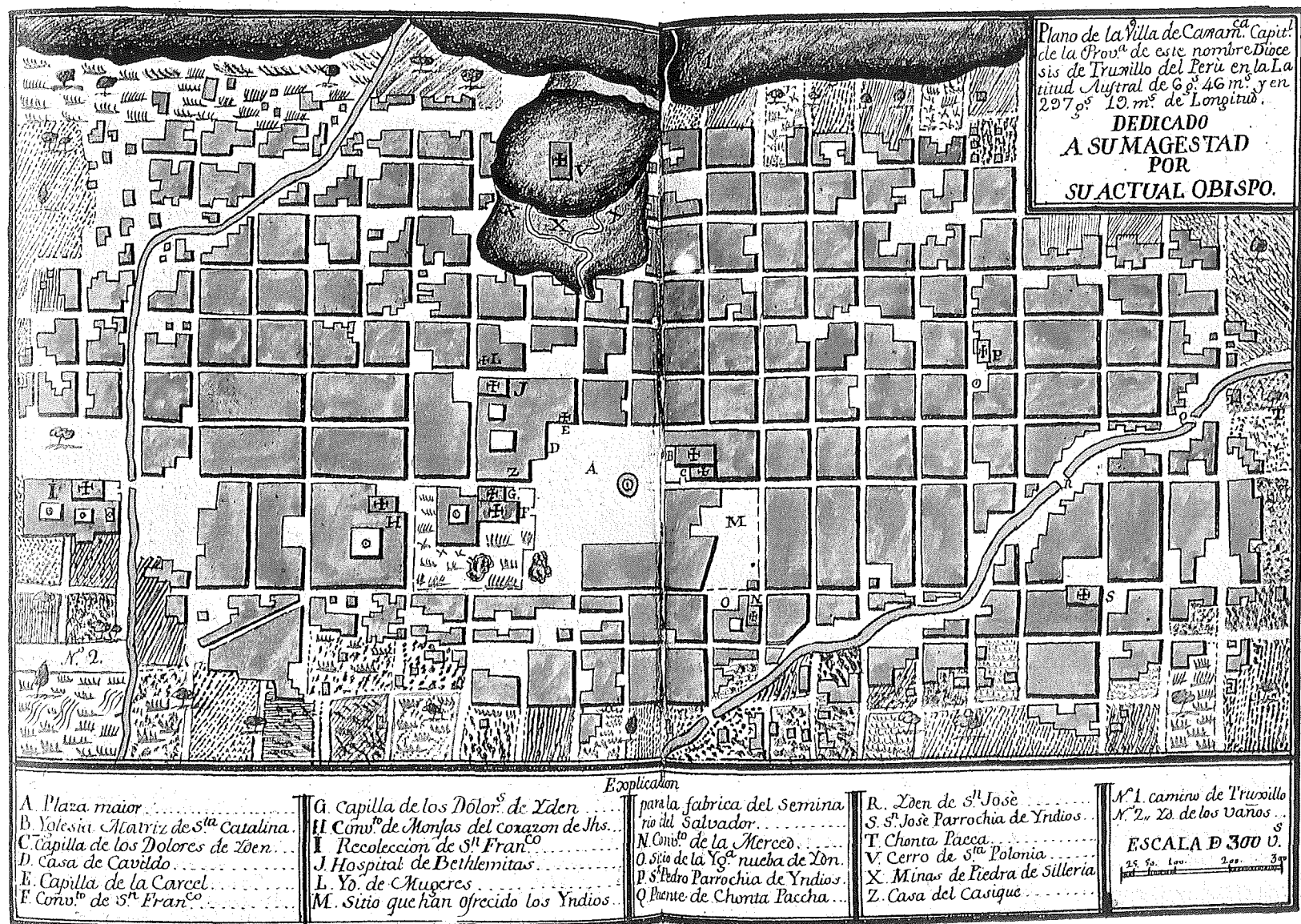
reales, como por ejemplo, con la elección del tamaño de plaza, desde el principio, en función del tamaño de la población. Principio que por otra parte, ha mostrado en el desarrollo histórico su eficacia mínimamente ordenadora de crecimientos, efectivamente, mecánicamente repetitivos. Y ello no tiene mucho que ver con la hipotética existencia, a que antes aludíamos, de alguna referencia que pueda ponernos en relación con una concepción del espacio geográfico como un espacio geoméricamente ordenado en continuidad, incluso lejana, no perceptible, y no sólo en la contigüidad visible.

Late aquí, claramente, la comprensible tentación, a cuyo borde algunos han estado en ocasiones, de suponer que efectivamente, "el sueño de un orden" pudo, en algún momento, abrazar también al territorio, con base en

las concepciones filosóficas, matemáticas y estéticas, iniciadas durante el Renacimiento, sobre esa idea de espacio continuo, que se desarrollará luego plenamente, introduciendo factores nuevos de dinamismo e infinitud, durante el Barroco. El orden en el espacio territorial, sería una lógica prolongación del orden en el espacio urbano. El territorio sería, sí, un espacio pautado geoméricamente, por un conjunto de líneas que se prolongarían hasta cortarse ortogonalmente con otras. Y un espacio puntuado regularmente por ciudades, situadas en las intersecciones, reproduciendo un esquema abstracto extensible, desplegado en un espacio isótropo.

Pero quizás pudiera pensarse que las estáticas cristalizaciones renacentistas, eran mucho más susceptibles de ser reconocidas y aceptadas en la arquitectura de la ciudad (en

*Plano de la ciudad de Lima. (AGI).
Fundada en 1535, fue uno de los primeros
ejemplos de adopción del damero
de manzana cuadrada.*

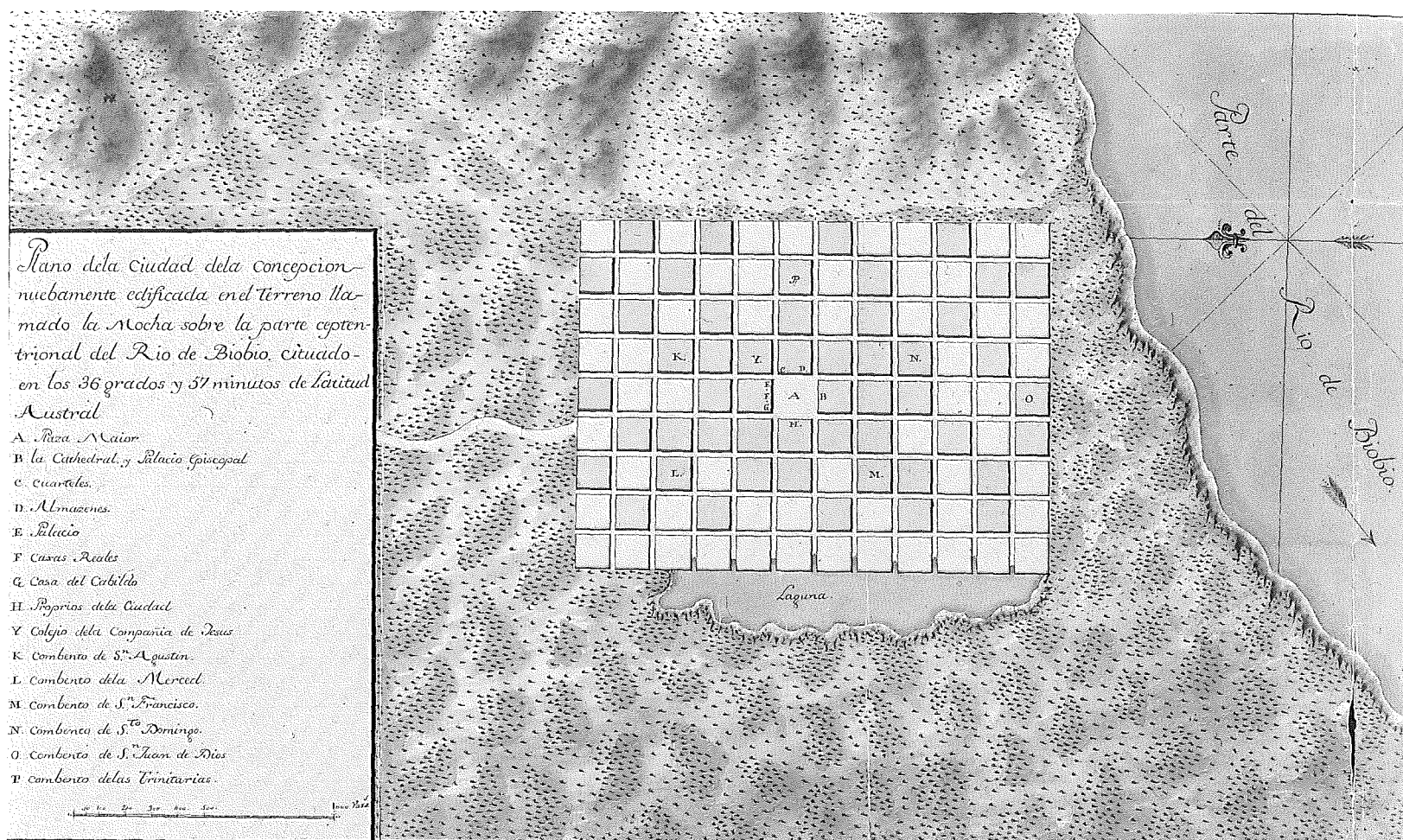


Plano de la ciudad de Cajamarca en el Perú ,
a fines del siglo XVIII, que demuestra
la vitalidad del damero y sus adaptaciones
a una topografía diversa. (AGI)

realidad escasamente proyectadas hacia fuera de ella misma, inexistentes fuera del ejido), que en la relación de la ciudad con el territorio entero, ilimitado, indefinido, dentro del cual, en la realidad, la ciudad era una minúscula isla. Sería por ello, en una segunda etapa fundacional, una vez generalizados y asumidos los principios de la concepción barroca del espacio, cuando pudiera haberse producido alguna clase de visión integradora de la ciudad con el espacio territorial abierto, y alguna clase de intención de ordenación territorial. En esa concepción, sí podría haberse dado el entendimiento de la ciudad, como estaba ocurriendo en Europa, como un elemento de un sistema espacial ordenado y geométrico, pero abierto y dinámico, ya no necesariamente ortogonal.

¿Alguien pensó entonces, en los momentos fundacionales o posteriores, de la empresa urbana americana, en algo semejante? ¿Alguien se planteó alguna vez que la localización de aquella ingente floración de ciudades nuevas, que estaba apareciendo sobre tan extenso territorio, debía obedecer a alguna distribución en el espacio, geoméricamente ordenada? ¿Alguien imaginó alguna vez, que un orden sensorialmente no perceptible, ligaba o debía ligar a las ciudades, como a las estrellas en dibujo de las constelaciones?

No hay constancia alguna de semejante cosa, aunque no es totalmente rechazable pensar que a alguien, como le ocurrió por entonces a Tomás Moro, le surgieran ideas, aunque fuesen muy elementales y abstractas, de ordenación geométrica del territorio, (con un papel especialmente importante para las



ciudades) al pensar en las posibilidades de realizar experiencias nuevas de organización social, en un espacio nuevo, distante, diferente y casi virgen. Sabemos, en efecto, que para muchos, cruzar el Atlántico tenía bastante que ver con ir a Utopía. Pero no sabemos de nadie que dejara constancia de ello, de nadie para quien sepamos que se hubiese completado así “el sueño de un orden”. No parece que haya alusión alguna en este sentido.

Tampoco encontraremos nada relacionado con ello en las diferentes recomendaciones reales, a las que ya aludimos, en las sucesivas disposiciones normativas fundacionales, aunque las últimas fuesen elaboradas manejando nóminas centenarias de poblaciones y contemplando una gran experiencia en pleno desarrollo, que puntuaba ya realmente el territorio. Un territorio, que, además, era ya suficientemente conocido como para medirlo aproximadamente y dibujarlo en mapas bastante fiables, en los cuales, efectivamente, aparecían ya situados, con bastante precisión, los nombres de numerosas ciudades, al lado

de los símbolos que las representaban con sus diversos grados de importancia.

Ni, finalmente, en la creación de las infraestructuras de comunicación terrestre que, fragmentariamente, inconexamente, habían ido apareciendo para complementar las funciones desarrolladas por la navegación de cabotaje y el uso de las rutas heredadas de las culturas autóctonas, a finales del siglo XVIII, permitían recorrer prácticamente, toda la América española, a través de una red itineraria que interrelacionaba la constelación de ciudades, aunque, ciertamente, con importantes dificultades.

No hay nada de esa concepción teórica, en toda la extensa e intensa labor fundacional. Lo cual parece acorde, por otra parte, con la escasez y debilidad del basamento teórico general, en lo concerniente a los aspectos espaciales y de diseño de la enorme tarea urbanizadora, que contrasta con la cantidad de reflexión dedicada a otros temas de la conquista. ¿No se ha llegado a afirmar que la simplicidad de la “cuadrícula española” no obedece más que a pragmáticas actitudes,

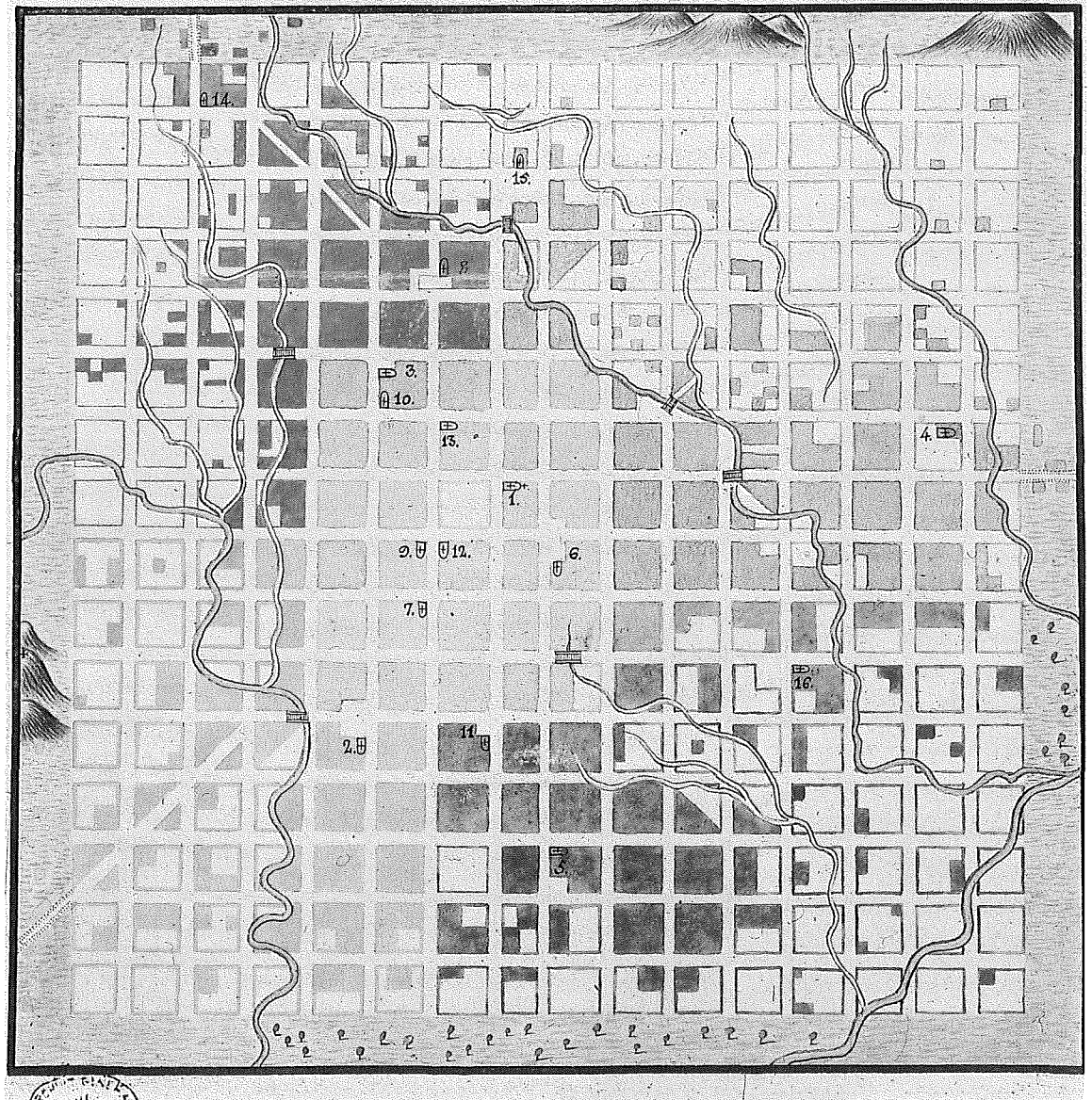
*Plano de la ciudad de Concepción (Chile).
Siglo XVIII. (AGD).*

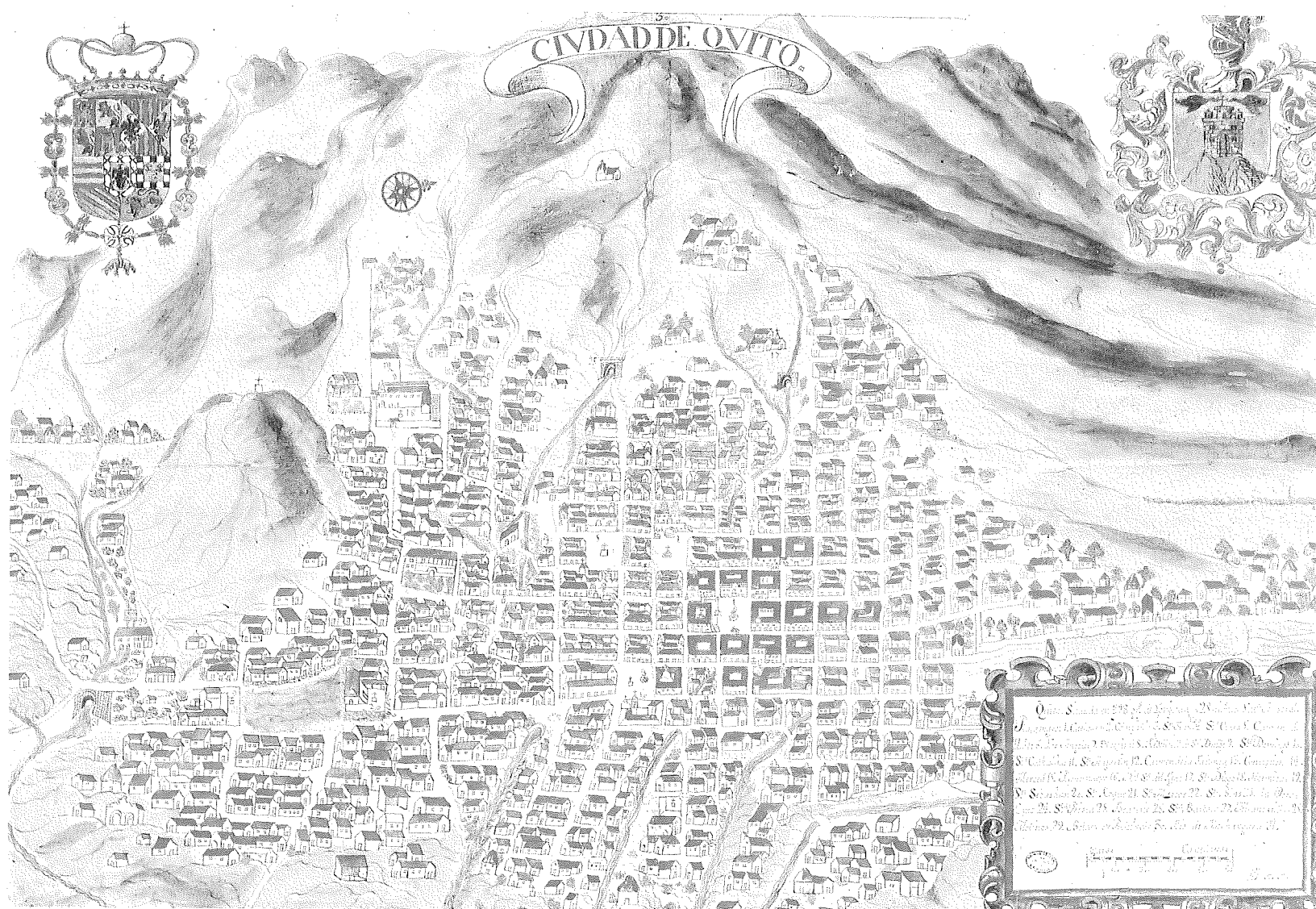
*Plano de San Felipe y León de Caracas
(Venezuela).*

*Un damero que se impone sobre
una topografía quebrada
y que condiciona la expansión
de la ciudad. (AGI).*



Plan de la Ciudad de Caracas, con divicion de sus Barrios. 1722





Plano de la ciudad de Quito (Ecuador) configurada con un traza española próxima a un asentamiento prehispanico. (AGD).

ante las facilidades de tan expeditivo instrumento, y que su sistemático uso no tiene nada que ver con la elaboración teórica de la ciudad renacentista? ¿No se ha dicho también que la debilidad y escasez del barroco urbanístico español, se traduce en la ausencia total de manifestaciones barrocas en el tratamiento del espacio urbano americano, con independencia de que haya arquitectura barroca? Por otra parte, está claro que, a pesar de la vieja y constante discusión sobre el tema, siguen permaneciendo oscuras y poco explicadas la génesis, la aparición y la generalización del “modelo clásico”, por mucho que les pese a los eternos cazadores de antecedentes y filiaciones, incapaces de reconocer la originalidad americana de tal “modelo”.

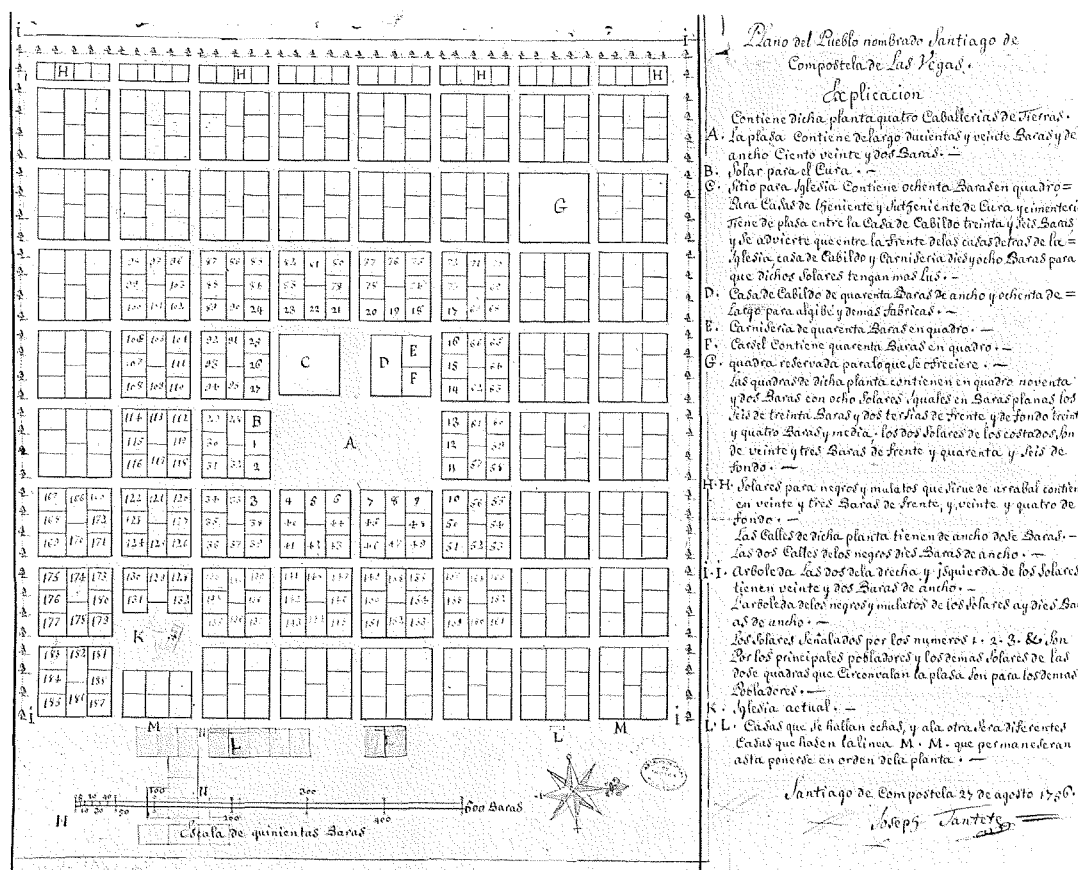
Todo invita pues a reconocer en la distribución de los núcleos urbanos sobre el terri-

torio americano, definida esencialmente desde finales del siglo XVI, los resultados de un proceso cargado de toda clase de azares y determinaciones coyunturales, geográficos y estratégicos primero, y luego por las necesidades de organizar la explotación de los recursos y el control del territorio y de la población, también en función de claves circunstanciales locales, entre las que destaca, como veremos luego, por su importancia localizadora, la preexistencia de asentamientos de población indígena, sobre los que se superpuso la ocupación hispana.

Carácter aleatorio y azaroso, que se pone de manifiesto, cuando se comparan esos resultados, en áreas territoriales diversas, correspondientes a distintas e independientes etapas del proceso.

En cualquier caso, parece claro que las ciudades aparecieron como puntos aislados

Santiago de las Vegas (Santo Domingo).
Siglo XVIII. Las variaciones
de las nuevas fundaciones. (AGI).

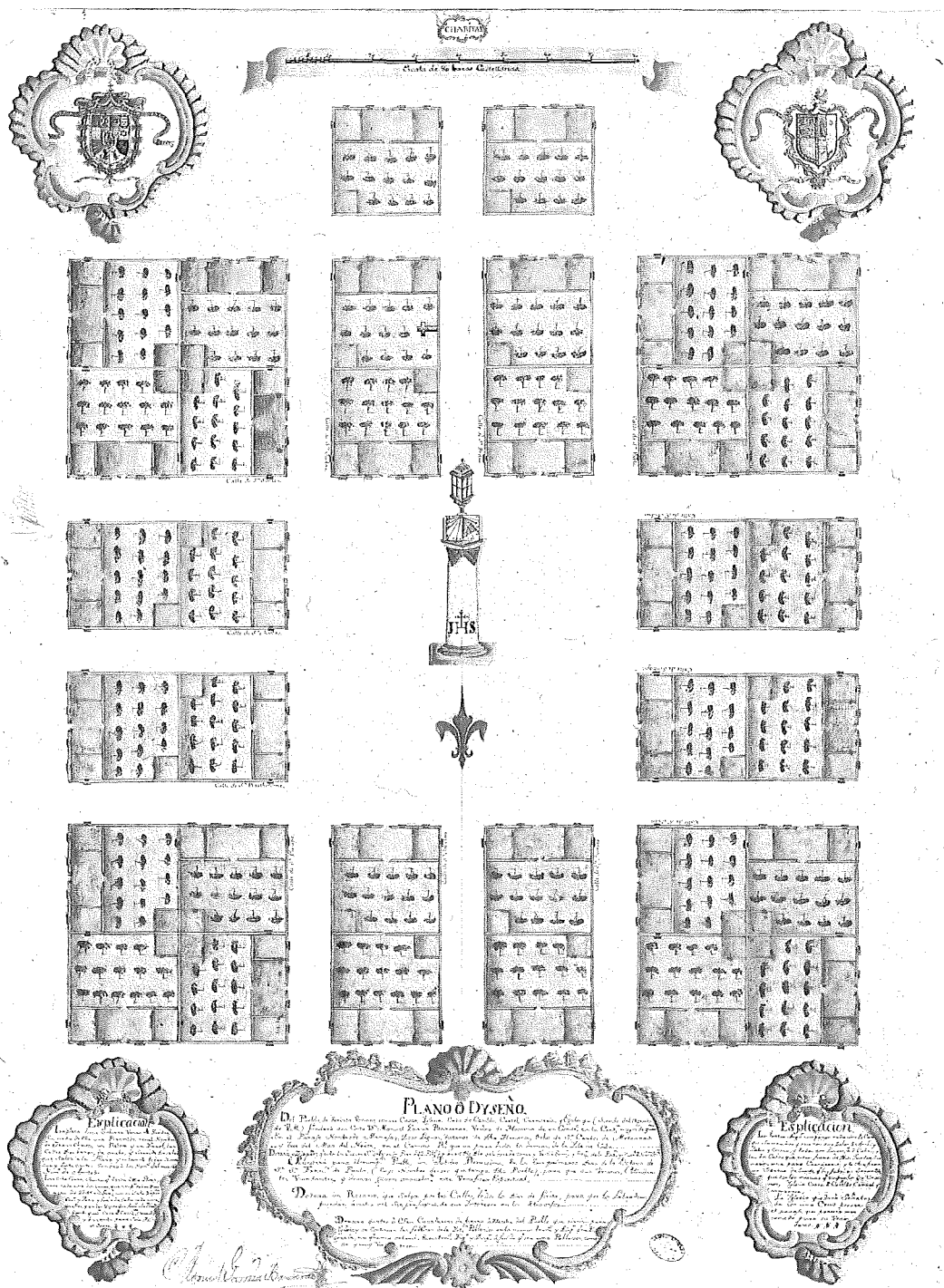


en el territorio, por mucho que pudieran ser concebidas (y no siempre lo fueron) sin cierrres, sin murallas, sin límites materiales, prolongándose hacia fuera, abiertas al territorio natural, no dejan de mostrarse insertas en una radical discontinuidad, como ámbitos puntuales muy reducidos de urbanidad en medio del espacio rural, como pequeñas islas urbanas en un gigantesco mar de espacio natural. (Naturalmente nos estamos refiriendo al tipo, tal como decimos que lo entendíamos, con independencia de que en sus materializaciones apareciesen, circunstancial o definitivamente, empalizadas, fosos, cercas, murallas o baluartes.) Ni siquiera aparecen relacionadas durante mucho tiempo, por infraestructuras estables. Y cuando estas acaban de consolidarse, lo hacen en función de una estrategia en la que no prima esa idea de interconexión global, interregional o siquiera interurbana, si no la de la conexión de los distintos ámbitos geográficos con España, a costas, transversales a los flujos interiores.

Pero dentro de ese proceso de aleatoriedades, existen unos cuantos factores causales de localización de las fundaciones urbanas, que han sido ya suficientemente estudiados e identificados.

En primer lugar el tema de los puertos, prácticamente inexistentes antes de la llegada española, como cualquier otra forma de instalación costera de importancia, en correspondencia al pobre desarrollo de la navegación indígena. Los puertos pasan pronto de ser simples abrigos naturales, escasamente acondicionados, en donde echar pie a tierra era precaria, a ser lugares preparados para desembarcar tropas, armas y equipos, y también lugares desde donde expedir, previa concentración, bienes y mercancías hacia la patria lejana. Y con el tiempo, lugares poblados establemente, donde acoger a los nuevos colonos y encaminarlos a sus destinos, lugares de comercio y de incipiente industria, y lugares donde centralizar la relación con España, ya que los nuevos caminos vienen a confluir en ellos.

Así fueron apareciendo muchas importantes ciudades situadas a lo largo de las costas del continente, donde antes no había presencia urbana significativa. A finales del siglo XVI los principales puertos comerciales, que recibían a la flota de las Indias, eran: Santo Domingo (1498-1502), San Juan de Puerto Rico (1508-1512), Nombre de Dios (1510), Veracruz (1519-1599), Panamá (1519), La Habana (1520), Acapulco (1531), Cartagena

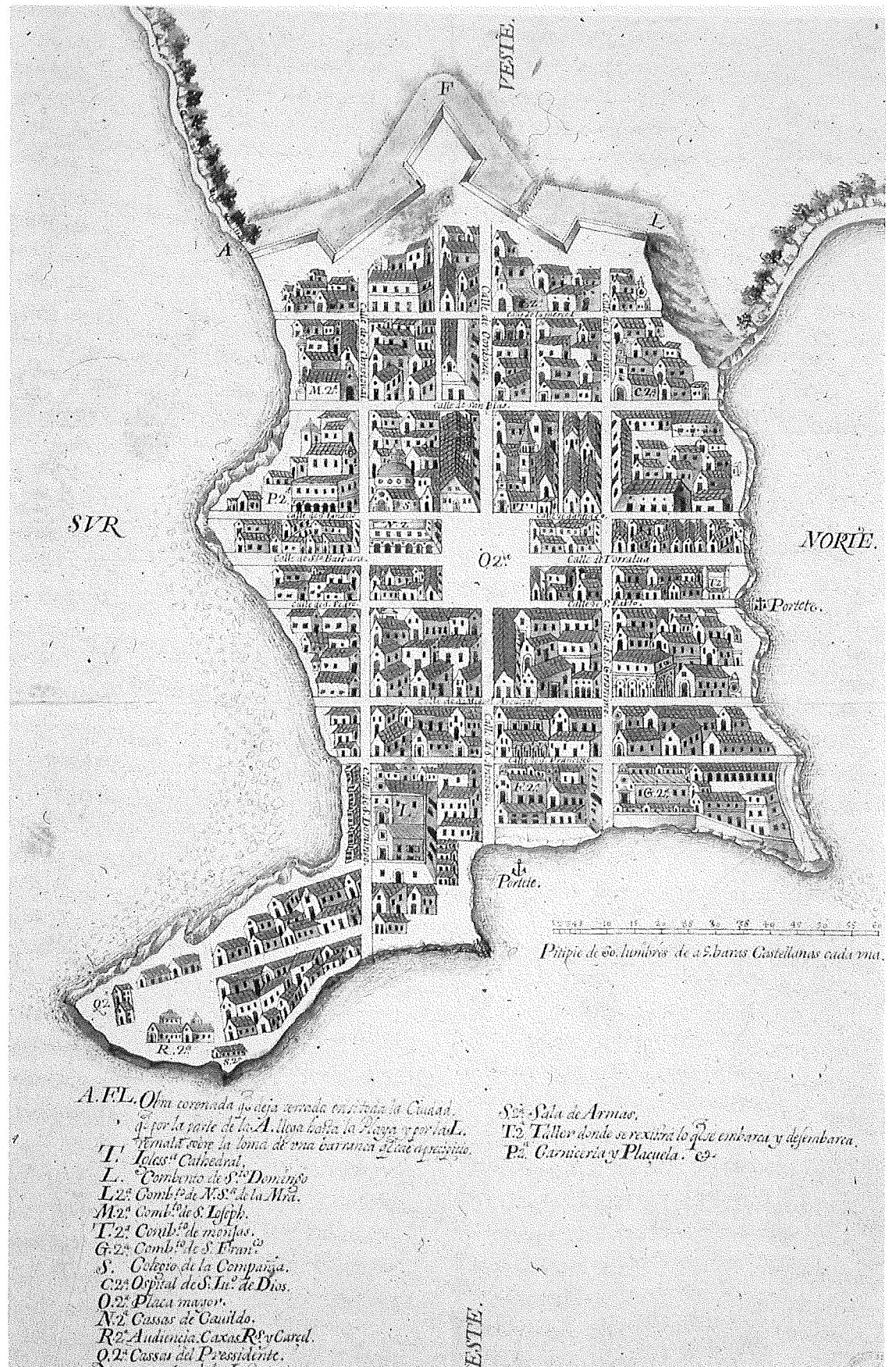


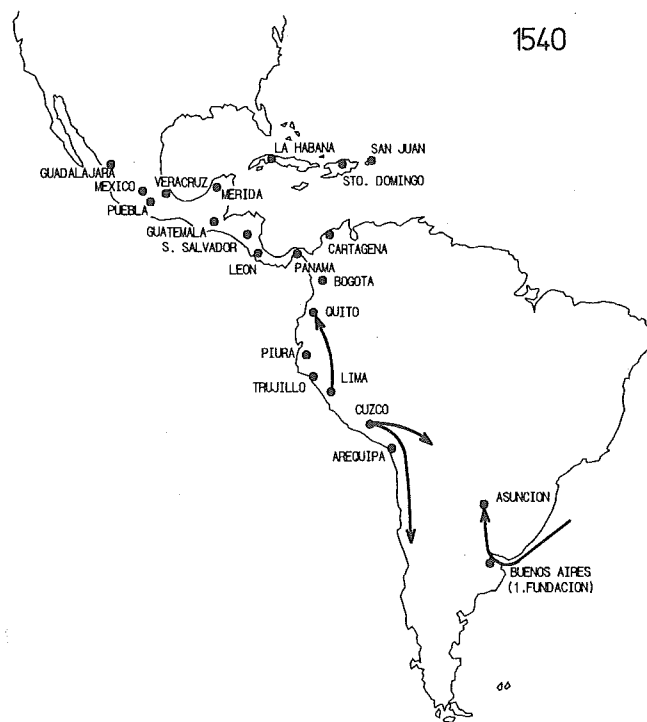
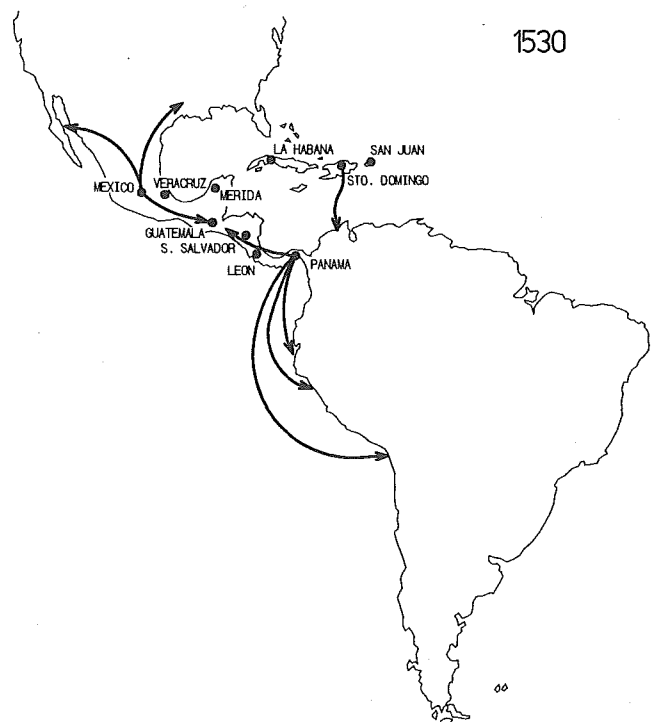
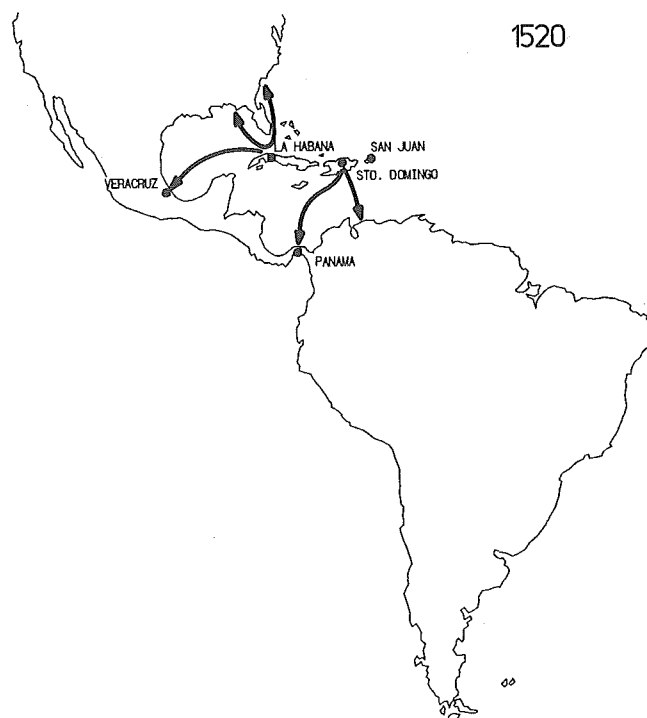
Plano de la ciudad de Marajay (Cuba).
Las nuevas fundaciones del XVIII
alteran el reparto de solares que se desarrollaba
desde las Ordenanzas de Felipe II (1573).
(AGI).

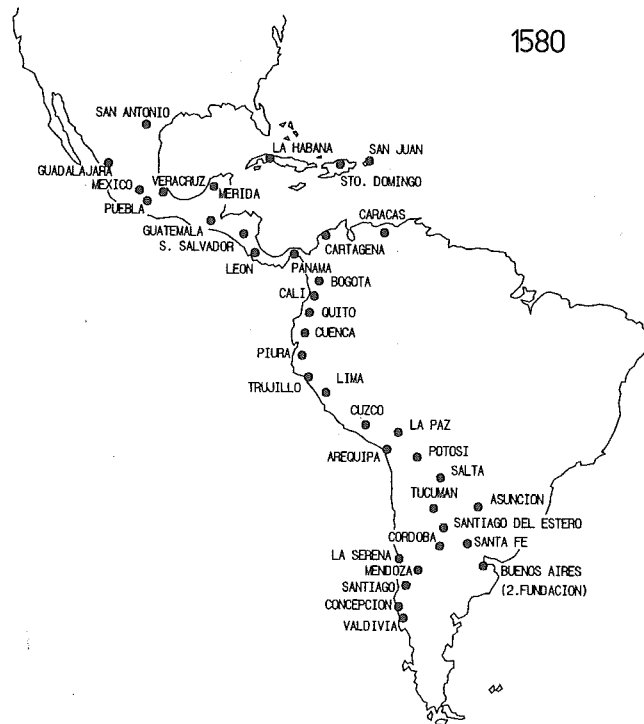
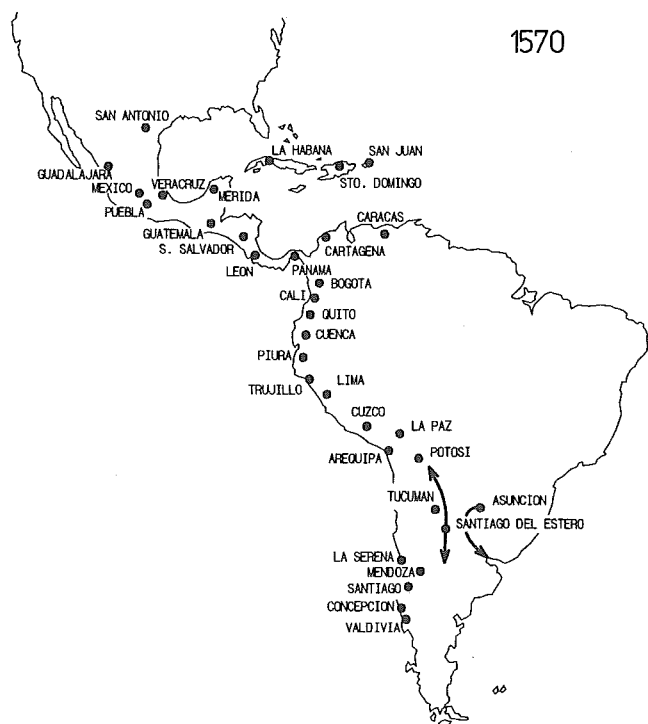
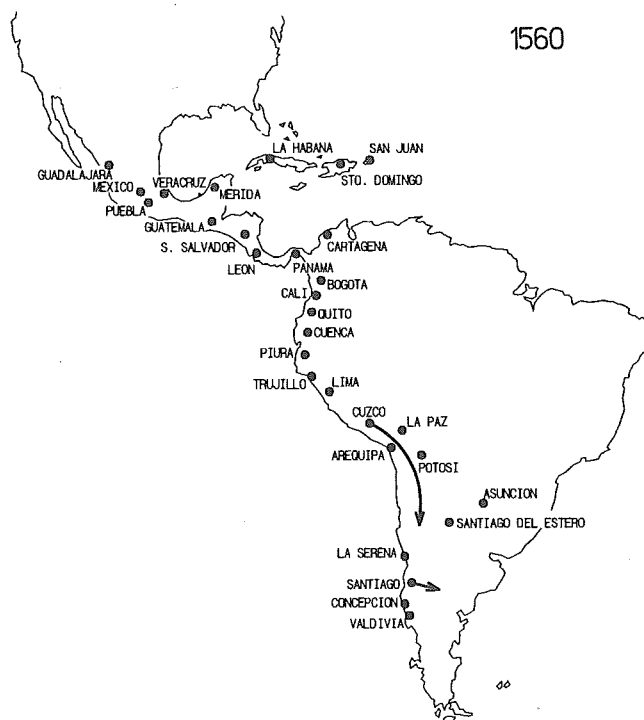
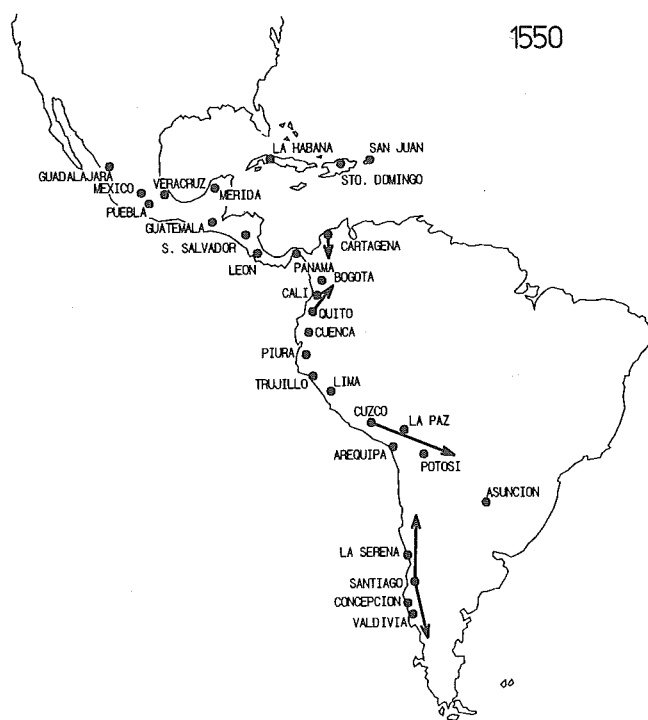
(1533), Campeche (1540) y Callao (hacia 1530). A ellos se unían otros muchos de navegación de cabotaje interregional, como Santiago de Cuba (1514), Santa María (1525), Realejo (1533), Guayaquil (1537), Valparaíso (1544), La Serena (1544), Tampico (1551), Valdivia (1551), La Guayra (1588) y otros. Todos ellos en las costas del Caribe o del Pacífico. Faltaba poco tiempo para la aparición de los puertos atlánticos,

Luego, tierra adentro, un importante factor de atracción y focalización, fueron las áreas mineras, muchas veces desconocidas o escasamente explotadas por los indígenas, condicionaron la aparición de poblaciones estables, contiguas a ellas, encargadas de proporcionar alimentos, combustible y materiales para la producción, que muchas veces tenían que ser traídos de lejos, pues no los producía la propia región. Taxco (1534), Potosí (1545), Zaca-

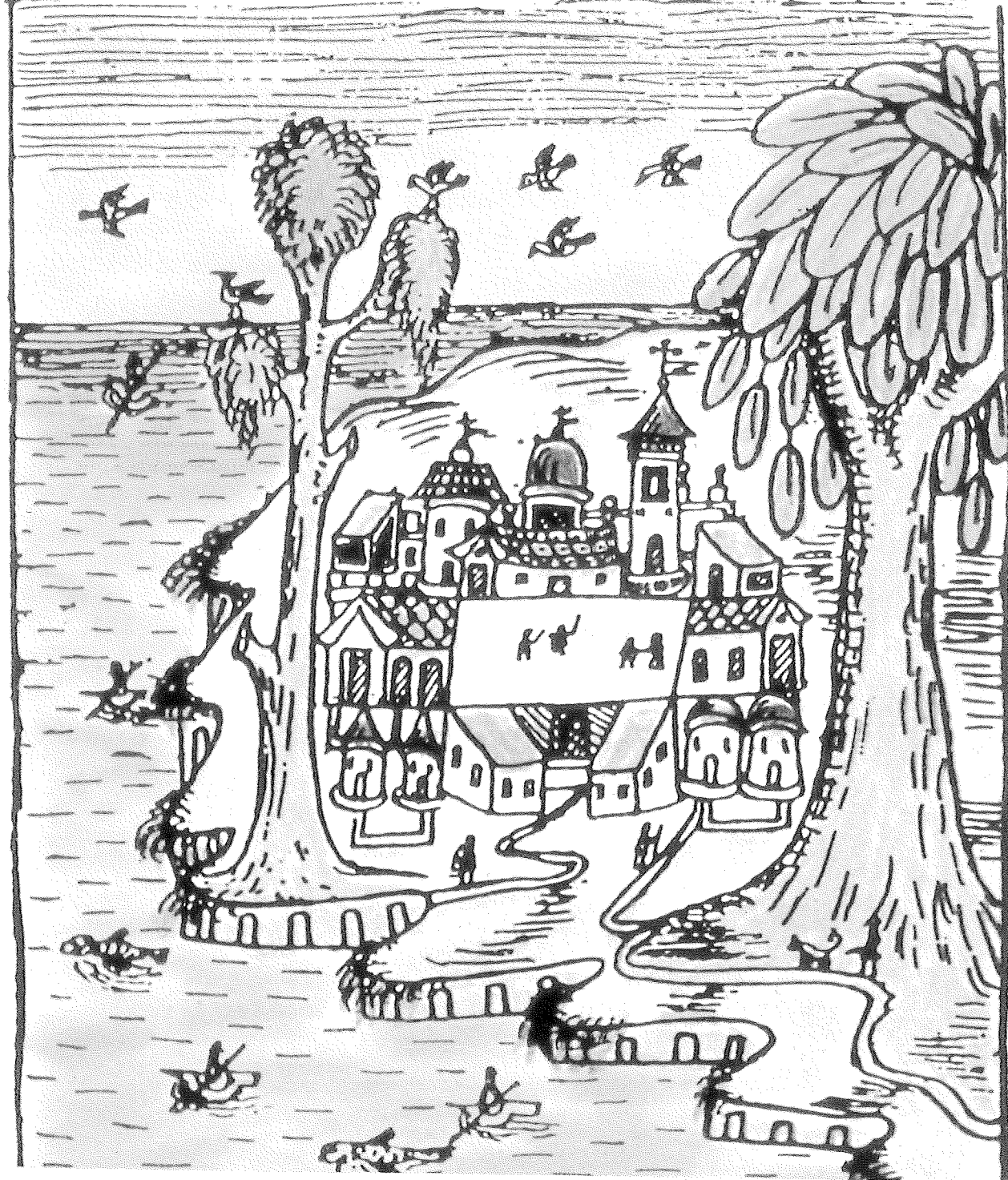
Plano de la nueva Panamá,
luego de la destrucción por el pirata Mor-
gan de la antigua ciudad.







CIVDAD LA VILLA DE CAMANA



Los dibujos de Guamán Poma de Ayala (1615) muestran la visión de los vencidos de las nuevas ciudades de los españoles. Camaná (Perú).



Plaza de la ciudad de Santiago de Tunja (Colombia). Las plazas mayores resumen las manifestaciones de la vida urbana americana.



Vista de la ciudad del Cuzco (Perú). La antigua capital incaica fue transformada sobre la propia traza original.

tecas (1546), Guanajuato (1548), Pachuca (1552), Castrovirreina (1555) y Huancavélica (1563), son algunas de las primeras.

En cualquier caso, la ciudad fue siempre básica en la ocupación del territorio. Como ya hemos dicho, se trataba primero de apoderarse de él. Y en la permanencia y extensión de ese apoderamiento, las fundaciones iban jugando un papel fundamental como cabezas de puente, como bases de aprovisionamiento y como núcleos de apoyo para nuevas expediciones que, a su vez, podían acabar en nuevas fundaciones.

Pero no se trataba sólo de eso. No eran guarniciones militares sus poblaciones. El emplazamiento debía garantizar abastecimiento de agua y alimentación. Debía facilitar la disponibilidad de los recursos locales. De lo que se deriva la necesidad de estabilidad y perdurabilidad. De ese modo, la ciudad se asocia desde el principio, a un *binterland* del que se supone que va a vivir y sobre el cual va a poner en marcha un proceso de explotación de recursos naturales. Las ciudades manifiestan así una cierta condición de artificio

improvisado, superpuesto a un mundo natural con el que tiene que empezar a establecer una relación inexistente de convivencia, situación característica de todas las fundaciones urbanas "ex novo", de todas las "ciudades nuevas" de todos los tiempos. La artificialidad de esa implantación, aparece aquí nuevamente destacada, con un cierto aire de imposición brutal, frente al proceso secular de formación y desarrollo interconectado con el territorio, condicionado por él, madurado casi en simbiosis con el medio, que caracteriza, en cambio, a las poblaciones que solemos llamar de desarrollo espontáneo.

Aquellas fundaciones españolas se encontraron, en efecto, insertas de pronto, en un medio desconocido, de comportamiento desconocido, de recursos desconocidos, carentes de un mínimo entorno acondicionado, inexistente cualquier conocimiento del funcionamiento real de las bases productivas. De ahí tantos errores y fracasos, tantas fundaciones abandonadas o mudadas de emplazamiento, tantos demoledores efectos de fenómenos naturales inesperados, tantas sorpresas y

decepciones ante el comportamiento de un medio tan diferente al conocido. De ahí también, que en gran medida, la red de fundaciones hispánica esté ampliamente determinada por la existencia de áreas previamente habitadas y acondicionadas para la producción y, con mucha frecuencia, incluso por el aprovechamiento y transformación de asentamientos indígenas preexistentes. Porque aquel territorio no era virgen. Estaba ocupado por hombres que, en algunos casos, formaban sociedades muy organizadas, se desenvolvían en elaboradas culturas, poseían un profundo conocimiento de las posibilidades del territorio y habían desarrollado una sabia utilización de las mismas, en adecuada adaptación al medio. Por eso cuando esas sociedades fueron dominadas y sometidas, la ocupación española del espacio se produjo por superposición. En esos espacios trabajados por esas viejas culturas, la dominación hispánica adoptó la existente organización del territorio y la red existente de asentamientos. Se dió así, otra vez, un repetido fenómeno de la historia urbana universal: la superposición de vencedores sobre vencidos, que se produce fundamentalmente en las ciudades existentes, con una ínfima proporción de ciudades desechadas, lo cual va acompañado por una fuerte acción de transformación del espacio urbano heredado, especialmente visible en las sustituciones arquitectónicas y en la eliminación de símbolos. Pero, en cambio, esa acción es escasamente modificadora del patrón general de ocupación del espacio, tanto urbano como territorial.

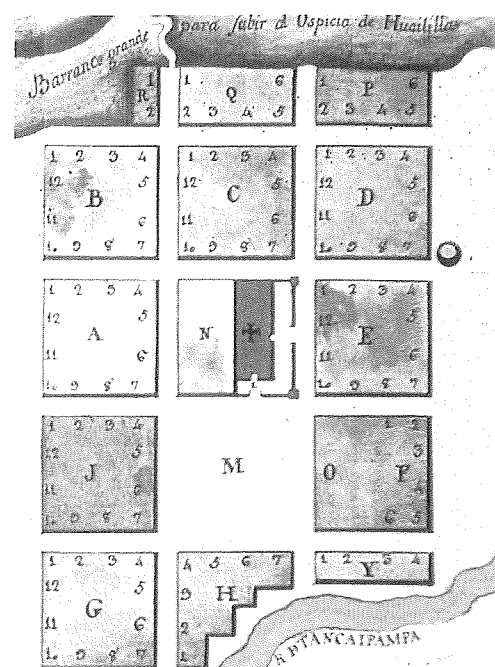
La relación de fundaciones españolas que están asentadas sobre previas poblaciones precolombinas, sería interminable y nunca bien segura, por las dificultades de determinar muchas veces un origen del que no quedan rastros a causa de la contundente incidencia de esa acción transformadora, que muchas veces supuso la destrucción completa para su nueva edificación. De los dos casos mas emblemáticos, México y Cuzco, el primero puede ser ejemplo claro de esa contundencia arrasadora, mientras que el segundo de una mayor integración. Estudiosos arqueólogos amplían constantemente la nómina de esa superposición, de lo que vendría a resultar que, en amplias áreas del territorio conquistado por España, la red básica de asentamientos urbanos sería la previamente existente a la llegada española. Es, como decíamos, un hecho repetido en la historia, como por ejemplo, cuando los árabes se adueñan de la Península Ibérica y se superponen sobre la red urbana existente, que esencialmente, era todavía la hispano-romana. Hay ciudades que conservarán su

trazado romano bien patente, como Zaragoza, mientras que otras sufrirán una acción transformadora mucho mas drástica; difícilmente pueden reconocerse en la Sevilla del siglo XV, las huellas de la Hispalis precedente.

La superposición española sobre las culturas precolombinas, es especialmente visible en las áreas mas densamente pobladas en el momento de la llegada, correspondientes a las desarrolladas culturas agrícolas con densas concentraciones de población que a las razones ya señaladas, añade la muy poderosa de la provisión de mano de obra.

En la extensa cuenca en cuyo centro se encontraba Tenochtitlán, estaban también otras dos importantes ciudades: Tacuba y Texcoco. Pero además había mas de cincuenta ciudades menores, con un gran conjunto de pueblos y aldeas. Todo ello formaba un sistema integrado y jerarquizado, que se diferencia fundamentalmente de un área metropolitana, por su dependencia absoluta de la agricultura y por su escasa movilidad. Recordemos la ausencia de la rueda y de los animales de carga.

Las formas de cultivo intensivo, que habían llegado a desarrollarse allí, gracias a inteligentes sistemas de riego, favorecían esa densa, pero bien distribuida, ocupación del espacio, cuya regularidad, mantenida a lo largo del tiempo, y actualmente todavía reconocible, ha permitido estudiar la estructura de esa red urbana, a la luz de la teoría de los lugares centrales, y recomponer la jerarquía de los niveles de población y su distribución espacial, tanto en dicha cuenca como en la región de Cholula y Tlaxcala, lo cual parecería confirmar que tal distribución se produjo en función de la organización de las actividades mercantiles y de razones fundamentalmente económicas. Pero otros estudios han encontrado, en la organización espacial de estos sistemas de poblaciones, el reflejo sobre el territorio, de concepciones cosmogónicas geométricas, inmersas en la religión. Las formas cuadrangulares y las orientaciones dominantes obedecían entonces a "rejas", que organizarían ortogonalmente el territorio, determinando el emplazamiento de las poblaciones y sus relaciones con los campos, todo ello basado en los puntos cardinales de la cosmología centroamericana. La relación de espacio y tiempo habría sido establecida en referencia a puntos fijos (la salida del sol) y momentos del año (solsticio de invierno, siembra del maíz) y ello habría permitido, con la ayuda de los sofisticados calendarios solares, situar, orientar y ordenar métrica y formalmente, campos y poblados, al menos en el altiplano mexicano.



La fuerza del damero, como proyección de un orden para controlar el territorio.



Vista de la ciudad de Potosí (Bolivia), una de las más densamente pobladas del mundo en el siglo XVII.

Algo parecido se ha encontrado para explicar regularidades y reiteraciones en el área andina, donde el Tahuantinsuyo habría desarrollado sistemas muy sofisticados de observación astronómica que habrían permitido referir la localización de los propios observatorios, de templos, centros ceremoniales y también poblaciones en referencia a la geometría de la bóveda celeste. En este caso serían las cuatro estrellas que forman la Cruz del Sur, las que definirían el cuadrado sagrado, cuya relación entre lado y diagonal, daría lugar a un sistema de organización ortogonal del espacio terrestre y un patrón de localizaciones. Así, cada población estaría geométricamente relacionada con el territorio (y en éste con otras poblaciones menores, observatorios, centros administrativos, almacenes comunes y centros ceremoniales) a través de líneas imaginarias que saldrían de su centro, y físicamente, a través de la materiali-

zación de alguna de esas líneas en caminos de diferente importancia. De este modo se habría dado en aquella civilización, una visión cosmológica y una concepción de la relación entre naturaleza y sociedad, que habría tenido una influencia real en la organización del espacio físico, incluyendo el patrón de localización de núcleos urbanos. Se habría dado así en América, al menos en las civilizaciones más desarrolladas, esa ordenación voluntaria del espacio, en parte imaginaria (referida a relaciones geométricas abstractas) pero en parte materializada en elementos reales, por la cual nos preguntábamos inicialmente, al considerar la empresa urbanizadora colonial española. ¿Puede decirse por ello, que una cosmovisión de ese tipo, tan enraizada en concepciones religiosas de tipo panteísta, era propia de situaciones culturales correspondientes a etapas que el Viejo Mundo había vivido en la Antigüedad?



Lo cierto es que, del mismo modo que vimos que ocurre en el área centroamericana, también en grandes fragmentos del territorio andino, parece fuera de duda la sistemática superposición hispana sobre los precedentes asentamientos indígenas, con grados diversos de aprovechamiento, transformación o destrucción. Si el sistema de manzanas y sus dimensiones pueden ser generalmente atribuidos al invasor, que implantaba allí su cuadrícula, las orientaciones generales de ésta y los emplazamientos, parecen sin duda tomados de la situación precedente. En este sentido, es bastante frecuente, en la construcción de las iglesias cristianas, que fuesen edificadas no sólo con las piedras de los templos incas o aztecas, si no incluso aprovechando también los cimientos, con lo cual cambia radicalmente el aspecto arquitectónico (simbólico y físico) pero se mantiene la orientación, la implantación sobre el suelo y la ocu-

pación del espacio, con su correspondencia en el trazado general y la disposición de las calles.

Todo este proceso de superposición a gran escala, que aprovecha en gran medida las preexistencias urbanas y que mantiene, en líneas generales, los patrones de asentamiento y las relaciones precolombinas entre ciudad y territorio, es evidente que contribuyó de modo decisivo a que la red urbana así confirmada y consolidada, haya perdurado hasta ahora. Porque en esos casos, las fundaciones ya no eran construcciones improvisadas totalmente extrañas, implantadas súbitamente en un medio incontrolado. Ahora se insertaban en lugares naturalmente adecuados, de acuerdo con una estructura urbano territorial previa, y estaban soportadas por una lógica organización del sistema de bases productivas largamente ensayado. La cual, a su vez, estaba inmersa en un complejo juego

*Villa de Trinidad (Cuba),
un paisaje urbano homogéneo.*



*Paisaje urbano de la ciudad de Sucre
(antigua Charcas) en Bolivia.*

de interdependencias de gran inercia, que se mantuvo generalmente durante toda la época colonial, una vez que los invasores aprendieron a dominar a los vencidos sin destruir su sistema productivo y a aprovecharse de él, enriqueciéndolo y potenciándolo a veces, con importaciones e innovaciones tan importantes como la ganadera y la tracción animal. Bien puede decirse, que al adueñarse del territorio, el invasor se apropia también de la organización político-territorial indígena, la copia y la perpetúa para que siga funcionando bien para él.

Ahora bien, toda esta afirmación de la superposición sistemática y del mantenimiento de los patrones de localización urbana y de ocupación del espacio, debe necesariamente ir acompañada de importantes matizaciones. Porque una cosa es la coincidencia puntual de unos asentamientos hispánicos sobre otros indígenas, fundamentalmente a

efectos productivos, en algunas determinadas áreas, y otra muy distinta la superposición de dos culturas en todas sus manifestaciones.

Ya hemos aludido al cambio formal y simbólico de las manifestaciones arquitectónicas, especialmente las más emblemáticas, que son los templos. Como ha sido reiteradamente señalado, esa superposición tremendamente traumática y conmocionante para los pueblos vencidos, supuso un profundo quebrantamiento de todo su mundo y una enorme transformación del mismo, por mucho que puedan persistir los vestigios de su forma de ocupación del territorio.

Como consecuencia de esa transformación, y aunque pueda afirmarse que la superposición contribuyó a la estabilización de una red urbana preexistente, esa red se cargó de significados nuevos diferentes y de una nueva funcionalidad, correspondientes a un orden global diferente del anterior y, en

buena medida, contradictorio con él. En primer lugar por lo que acertadamente se ha llamado el "volcamiento hacia fuera". Las organizaciones indígenas estaban orientadas hacia desarrollos regionales internos. Ya hemos señalado la ausencia de puertos y de asentamientos costeros importantes. También puede añadirse la falta de relación de unos pueblos con otros. Por eso, la modificación más importante en la organización del espacio, es la que deriva de la condicionante relación con España. Como también ha sido dicho, el "centro" estaba ahora fuera del propio territorio. Y desde ese centro se concebía e instrumentaba el conjunto de disposiciones que formaban la política de poblamiento de la Corona española, que, en la práctica, se desarrollaba con bastante autonomía, al menos en una muy dilatada primera etapa, aunque con lealtad y sumisión a aquella. Y esa relación se manifestó intensamente desde el principio, como ya dijimos, en la importancia organizadora de los puertos y de los caminos que a ellos conducían. Pero, además, las ciudades se fueron llenando de funciones nuevas que las fueron diferenciando, jerarquizando e incluso especializando. El otorgamiento de privilegios selectivamente, proporcionó, por otra parte, la forma de promocionar intencionadamente a las ciudades elegidas en función de sus supuestas aptitudes para mejor cumplir las funciones de administración, control y explotación, con lo cual se inició una nueva forma de desarrollo que ya no era dependiente de las bases productivas. Los centros administrativos y comerciales, las ciudades mineras y los puertos, empezaron a configurar un nuevo orden, ocupando el primer rango en la nueva jerarquía de los patrones de asentamiento y localización urbano-territoriales. De este modo, a pesar de la superposición, puede decirse que en el siglo XVII había sido establecida una nueva red, cargada con una nueva funcionalidad, articulada sobre unas nuevas jerarquías, servida por una trama viaria en gran parte diferente y, además, extendida sobre territorios a los que antes no llegaba. Se habían producido una redistribución espacial muy importante. Aunque quizás sea más preciso hablar de varias redes, bastante independientes entre sí y con escasas articulaciones entre ellas, debido a las distancias, a las dificultades que la naturaleza interponía a las comunicaciones, a la insuficiencia de las infraestructuras y a una comunicación directa de cada región, de cada una de esas redes, con España, que incluso podía ser más intensa que las comunicaciones entre regiones. Por ello esas redes se encontraron durante mucho tiempo, en equilibrio inestable y faltas

de consolidación material, por insuficientes relaciones de mercado dentro de ellas mismas. Por otra parte, durante mucho tiempo también, hubieron ciudades de bastante importancia (Santiago de Chile, Asunción y Buenos Aires, entre ellas) que permanecieron aisladas en inmensos territorios escasamente poblados, difícilmente comunicables por las características de los territorios.

Se sabe que el conjunto de esas redes estaba constituido hacia 1570, por unas 250 poblaciones, distribuidas por el territorio americano, y que a finales del siglo llegaban a pasar de 300. Pocas de ellas tendrían más de 500 habitantes. Entre ellas, los centros administrativos, las ciudades mineras y los puertos, como hemos dicho, eran las más pobladas y asumían los papeles articuladores principales, a través de la administración, el mercado y las funciones religiosas y culturales. A mediados del siglo XVII habría poco más de diez ciudades principales, con algunas decenas de miles de habitantes cada una, entre las que estarían México, Cuzco, Lima, Potosí, Quito, Bogotá, Cartagena, La Plata, Puebla, Guadalajara, Cuenca y Córdoba.

En el tiempo, la secuencia fundacional muestra un ritmo muy fuerte a lo largo del siglo XVI, hasta la década de los 80, en la que queda definida la nueva red en sus rasgos fundamentales, con casi todas las capitales y mayores ciudades actuales. Luego viene un decrecimiento en el siglo XVII, y una nueva intensificación en el XVIII, si bien ya con pocas fundaciones que hayan llegado a ser grandes ciudades actuales, precisamente porque la red estaba ya jerárquicamente definida.

La secuencia fundacional sigue a la conquistadora. Se origina en las islas del Caribe (Santo Domingo, 1494, San Juan 1510, Santiago de Cuba, 1511, Puerto Príncipe, 1515, La Habana, 1515), dirigiéndose hacia Centroamérica (San Juan de Ulúa, 1518, México, 1521, Medellín, 1522, Santa Marta, 1524, Mérida 1528) y hacia el istmo (Antigua, 1510, Panamá, 1519, León, 1523, Granada, 1523, San Miguel, 1523, Guatemala, 1524, San Salvador, 1525, Ciudad Real, 1528). Luego se inicia la expansión hacia el sur, por la vertiente pacífica, (Trujillo, 1523, Piura, 1531, Quito, 1534, Cuzco, 1534, Lima, 1535, Bogotá 1538) y se produce la primera incursión atlántica (primera fundación de Buenos Aires, 1536, Asunción, 1537). Posteriormente, más hacia el sur, ya en lo que hoy es Chile, (La Serena, 1541, Santiago de Chile, Concepción, 1545, Valdivia 1552) y la entrada hacia el interior (Potosí, 1545, Loja, 1546, Santiago del Estero 1550, Mendoza, 1560, Tucumán, 1565). Pero simultáneamente a esta expansión, se había

ido produciendo la aparición de nuevas fundaciones en los terrenos en donde la conquista ya se había afianzado, en Centroamérica (Guadalajara, 1531, Puebla, 1531, La Plata, 1531, Valladolid, 1531, Salamanca, 1531, Zamora, 1540, Tegucigalpa, 1579) en el Oeste, (Cuenca, 1557) y hacia el interior (Badajoz, 1540, Nueva Segovia, 1543, Nueva Sevilla, 1544, Aranjuez, 1568, Córdoba, 1573, Santa Fe, 1537, Salta, 1582). Finalmente, entre las fundaciones del XVIII, podrían citarse Montevideo, 1714, Arrecife, Maldonado y Rosario, 1730, San Fernando de Chile, 1741, y Rancagua, 1743, San Antonio de la Florida, 1743, San Buenaventura, 1756, San Ambrosio, 1789, San José de Maipó, 1792, Linares, 1794, Macul, 1797, entre más de un centenar de nuevas poblaciones, estratégicamente distribuidas por razones de poblamiento y colonización. También de ese siglo es la nueva Guatemala (1779) en sustitución de la arruinada primera fundación del mismo nombre.

Existen datos para suponer que esa enorme cantidad de fundaciones del siglo XVIII (muchas de ellas nunca han llegado a ser ciudades y probablemente nunca hubo intención de que lo fueran) se planteó en algunos casos como operaciones de conjunto, formando grupos, a veces alrededor de una primera. Si ello fuese así ¿Podría verse en ello el reflejo de unos atisbos de política ordenadora del territorio que, sobre una geografía ya más conocida, establecía una lógica espacial de localizaciones en las fundaciones peninsulares de la colonización interior de Carlos III? No parece que haya por ahora, base suficiente para afirmarlo.

Finalmente, una referencia a la organización político-administrativa, en su calidad de poderoso agente de configuración de la dimensión urbano-territorial.

La aparición de las diversas clases de instituciones oficiales, tanto de carácter político como administrativo, comercial o cultural, condujo a una distribución territorial, de las mismas (insertándose, lógicamente en las ciudades que ya estaban en marcha) producto de la división del territorio en grandes unidades. Las ciudades elegidas como sede de dichas instituciones en función de una selección que tuvo en cuenta sus condiciones y su localización, dentro de un criterio regionalista, fueron así potenciadas en su importancia y en su desarrollo, con lo que la jerarquización político-administrativa actuó como impulsora de una jerarquización en talla demográfica y económica. La instalación de las universidades se hizo luego, en general, reforzando este criterio regionalista.

Esta regionalización, apoyada en las diver-

sas redes urbanas que habían ido creándose, tampoco había sido pensada por nadie, como las propias redes, como todo, que se fue haciendo sobre la marcha. Correspondía, lógicamente, a los grandes ámbitos espaciales y etapas de la conquista y colonización: Centroamérica, el espacio septentrional (Colombia y Venezuela), la región central ecuatoriana-boliviana, y el gran espacio rioplatense, que fueron adoptados para formar los virreinos de Nueva España, Nueva Granada, Perú y Río de la Plata, respectivamente.

Dentro de ellas, y gracias a la muy jerárquica y estable organización administrativa (división en virreinos, reales audiencias, gobernaciones, corregimientos e intendencias) que funcionó como un persistente y eficaz sistema de control, los núcleos urbanos estructuraron las regiones. Ello condujo a esa jerarquización ya aludida que se caracterizó por la escasa interdependencia entre las dis-

tintas redes y por un cierto desequilibrio, que se fue acentuando, dando lugar a la macrocefalia de cada una alrededor de las ciudades principales, esencializadas en las funciones directivas, reforzadas por el comercio atraído, aunque en algunos casos se trataba de ciudades mineras, que habían llegado a adquirir una enorme importancia, como en el caso de Potosí, que llegó a tener más de 100.000 habitantes en el siglo XVII.

Al terminar el periodo colonial, la organización espacial de los amplios territorios a los que se había extendido la presencia española, era notablemente diferente de la existente al comienzo de ésta. Aunque en algunas regiones subsistiese, por superposición, la red urbana precolombina, el examen del conjunto de todas las redes nuevas permite añadir un sentido completamente diferente, que va mucho más allá del aprovechamiento de preexistencias. De modo muy esquemático y

general, podría decirse, para terminar, que esa organización espacial nueva, fue producto inicialmente azaroso de una constante improvisación ante los hechos, que fue sistematizándose poco a poco, pero sobre esa condicionante base azarosa inicial. Y por otra parte, que el cambio fundamental, además del extraordinario aumento del número de núcleos urbanos, y la implantación de éstos en territorios antes vacíos, está dado por ese "volcamiento" hacia fuera, del que hemos hablado. Ello supuso la inversión de los modelos centrípetos y autárquicos de la ocupación y utilización del espacio en la época precolombina, para dar paso a un modelo centrífugo y extrovertido de intercambio con Europa, que no pararía ya de desarrollarse, primero con las reformas borbónicas y luego con la independencia.